



EL GATO MADRILEÑO

Sátira graciosa en la que se declara el chasco sucedido
á una soltera por haber tenido chanzas pesadas.

En la corte de Madrid,
corte de mucho aparato,
en la fonda del Andaluz
entró una mañana un gato.

Apenas la hija
al gato miró,
por ser tan hermoso
de él se enamoró.

Michino, michino,
ven, michino, aquí,
y le dió tajadas
de pollo y perdiz.

El gato, que hambre tenía,
luego resolvió pasar
á fuerza de mil caricias
por gozar de aquel manjar.

Luego que allí entró
comenzó á jugar
ella con el gato,
no la hicieron mal.

La dió una arañada
en la pantorrilla,
me he equivocado,
digo, más arriba.

Cualquiera quiere admirarse
al oír cosas modernas,
de ver que cazan las ratas
gatos de cabeza negra.

No quiero más claro
la cosa explicar,
que entre los que me oyen
ningún bobo habrá.

El diablo del gato
qué bien me ha arañado,
pues más adelante
diré el resultado.

Un día jugando estaba
la Ricarda con el gato,
y el gato la hincó las uñas
más arriba del zapato.

La chica decía:

—¡Madre de mi alma!
si se me encona
no la tendré mala.

La madre decía:

—¡Ay, qué desconsuelo!
¿Qué es lo que me dices?
¡Válganme los cielos!

No me des que sentir,
hija, por amor de Dios,
que esas bromas con el gato
no te las permito yo.

A mí como madre
me has de obedecer,
porque yo no quiero
verte padecer.

Cuidado no tengas
algún resultado,
y luego tus padres
sean mal mirados.

La crecía por momentos
á la infeliz la barriga,
y fingiéndola á su madre
que tenía hidropesía.

La pobre Ricarda
pasó unos trabajos,
como la que tiene
un mal embarazo.

Llega el cirujano
y la toma el pulso,
cabeceando el hombre
se halla confuso.

El cirujano admirado
á la fondista miraba,
y la fondista decía:

—Esta sí que es gatada.

Una acción como ésta
yo jamás la ví,
desde que á fondista
me puse en Madrid.

La hija le dice:

—¡Jesús, qué disgusto!
uadre de mi alma,
no lo tome á susto.

La madre con el cuidado
velaba todos los días
y también iba observando
que la barriga crecía.

La ha llamado al cuarto
y la ha preguntado
por examinarla,
y ella ha contestado.

La hija contesta:

—Para mí no hay cura,
pues me da brinquito
ya la criatura.

Al instante sucedió
á los nueve meses y días,
que á fuerza de cataplasmas
se la bajó la barriga.

Alerta, mocitas,
no os descuidéis,
mirad que los gatos
arañan los pies.

Alerta, mocitas,
que en el mes de Enero
el gato á la gata
le busca el granero.

La sátira ya se acaba,
y para dar gusto al pueblo
ahora voy á cantar
un buen estribillo nuevo.

Nunca descuidarse,
andar con cuidado,
mirar que los gatos
siempre van buscando
algo que no es suyo
si está mal alzado,

ó si les da tiempo
para poder cazarlo.
Estas son verdades
que el autor declarará,
para que escarmienten

otras cual Ricarda.
Y si alguno el caso
quiere averiguar,
por el telégrafo
prouto lo sabrá.

CANCIÓN

DE LA

Ricarda y su amante don Mariano.

Ha salido don Mariano
con su escopeta cargada
para matar á los mozos
porque cantan á Ricarda.

¡Ay, Ricarda, Ricarda, Ricarda!
¡Ay, Ricarda de mi corazón!
¡Quién te pillara esta noche
entre sábana y colchón!

Yo soy don Mariano Rico,
comerciante en Tarancón,
tengo tierras y ganados
y estoy en gran posición.

¡Ay, Ricarda, tú eres la paloma,
yo sin duda seré tu pichón,
nos haremos igualmente
los arrullos del amor!

Yo soy Ricarda Pontejos,
no tengo más posición
que es un huerto muy bonito
y en medio su cenador.
Tengo un hermoso conejo,
gordo y negro que me dió papá,
una fuente muy corriente
y aquí acaba mi caudal.

Don Mariano que oyó esto
dijo con gran ansiedad:

—Ese caudal me hace falta,
riqueza no quiero más.
¡Ay, Ricarda! Yo siempre estaría
en tu huerto podando el rosal,
y verías qué capullos
tan hermosos arrojaría.

Ricarda le dijo á Mariano:
—¿Sabe usted también sembrar
pepinos y zanahorias
para después refrescar?
Me gustan bastante esas cosas
y es preciso saberlo cuidar,
porque mi huerto es muy rico
y la tierra mucho más.

—Yo soy un buen hortelano,
Ricarda, no hay que dudar;
sé plantar muy buenos nabos
en medio del tomatar.

Del oficio de fontanería
soy maestro y te arreglaré
si se atrancase la fuente
yo la puedo hacer correr.

—Conozco en usted, Mariano, bastante disposición, y que puedo confiarle mi huerto á satisfacción.

Ay, Mariano, las flores se hinchan, forman el capullo, mira mi rosal; tu capullo está muy gordo, tú estás flaco, para ya.

Mariano dijo á Ricarda:
—¿Qué te parece mi amor?
¿Está bueno mi trabajo?
Mira en tu rosal la flor.

Esa fuente está bien puesta, su corriente jamás parará; ya está florecido tu huerto y el fruto pronto vendrá.

—Por tu talento, Mariano, por tu gran comportación tú eres mío, yo soy tuya, recibe mi corazón.

¡Ay, Mariano! Tú serás mi vida.
¡Ay, Mariano! Tú serás mi amor, gozaremos las caricias como paloma y pichón.

—Ricarda, tú eres mi amante, mañana serás mi amor, yo gocé porque conozcas de mi persona el valor.

¡Ay, Ricarda! Conoces el daño que ocasiona también el amor, si el galán no corresponde queda la dama de non.

—He sido bastante frágil, ahora conozco mi error; pero tú fuiste el solo dueño de mi corazón.

Dí, Mariano, si te hallas repiso y conmigo no te quieres casar; tú te quedas con tus caudales, yo con los míos igual.

Yo me encuentro muy contenta con la suerte que Dios me va á dar; ¿tiene usted buena herramienta para podarme el rosal?

—Me encuentro bien prevenido, porque mi padre me dió todo cuanto es necesario para ser trabajador.

¡Ay, Ricarda! También sé cuidar las gallinas con bastante esmero, y en tu mismo delantal te ponen frescos los huevos.

—Tengo en mi huerto, Mariano, se me olvidaba decir, todo el cerco de la fuente sembrado de perejil.

Si te gusta el perejil, Mariano, riégale, que él también crecerá, que es muy buena la frescura; verás qué hermoso estará.

A Mariano le agradó que Ricarda le acordara el riego del perejil, aunque olvidado no estaba.

¡Ay, Ricarda! Tú eres mi consuelo, tu mandato voy á ejecutar y verás qué gracia tengo para sembrar y podar.

A Ricarda la gustó el modo de trabajar, porque en sus flores halló ventaja muy singular.

FIN

MADRID.—Imprenta Universal, Cabestros, 5.